



Caminar en esperanza

En línea con la última encíclica del papa Francisco, *Fratelli Tutti*, la Campaña de Manos Unidas para 2021 aborda la solidaridad y el bien común como fundamentos para construir comunidades dignas.



Manos Unidas/Irene H-Sanjuán

El pasado mes de octubre, la Organización de las Naciones Unidas nos invitaba a conmemorar el Día Internacional para la Erradicación de la Pobreza con el lema «**Actuar juntos para lograr justicia social y medioambiental para todas las personas**»; un lema centrado en ese doble desafío que supone la dimensión «social» y «medioambiental» para que la justicia sea plena para todas las personas.

Nos encontramos con un mundo en el que, como nos recordaba el papa Francisco en *Laudato si'*, los niveles sin precedentes de crecimiento económico, medios tecnológicos, recursos financieros y consumismo, conviven sin estupor con la **miseria de millones de personas** incapaces de vivir en condiciones acordes con su dignidad. La situación está empeorando a tal punto que, en palabras del Papa, «un proyecto con grandes objetivos para el desarrollo de toda la humanidad hoy suena a delirio. Aumentan las distancias entre nosotros, y la marcha dura y lenta hacia un mundo unido y más justo sufre un nuevo y drástico retroceso».

Es en este contexto –donde «los sentimientos de pertenencia a una misma humanidad se debilitan», donde «el sueño de construir juntos la justicia y la paz parece una utopía

Hemos convertido a millones de seres humanos en bienes de consumo que pueden ser usados y tirados, esclavizados, excluidos o sometidos a desigualdad.

de otras épocas»– donde Manos Unidas se propone precisamente llevar a cabo una campaña centrada en el reto de acompañar a los más empobrecidos en la **construcción de comunidades dignas desde la solidaridad y el bien común.**

Delirio, desvarío, despropósito o disparate, podrán decir unos. Utopía, ingenuidad, quimera, ensoñación o alucinación, dirán otros. Esperanza y derecho a la esperanza, diremos en

Manos Unidas, porque su fuerza descansa en la profunda convicción de que el **cambio que nos dignifica y dignifica a toda la humanidad es posible.** Porque, aunque parezca absurda para muchos razonamientos humanos, «así es la esperanza –nos dice el Papa–: sorprende y abre horizontes, nos hace soñar lo inimaginable y lo realiza».

LA CULTURA DEL DESCARTE O LA DOLOROSA CONCIENCIA DE LA VULNERABILIDAD DE NUESTRA HUMANIDAD

El trabajo de Manos Unidas en general y en la presente Campaña en particular encuentran su razón de ser en el profundo conocimiento de la situación en la que millones de seres humanos en América Latina, África y Asia luchan simplemente por sobrevivir, sin que para ellos tenga cabida la «vida digna». Para hacernos cargo de esta realidad, recurrimos a la expresión «**cultura del descarte**» cargada de un tremendo significado. En efecto, surge para indicar un modo de vida caracterizado por nuestro afán de confort –con su usar y tirar–, por la obsolescencia programada de la industria y por la publicidad que alimenta nuestra búsqueda desenfrenada de placeres inmediatos. Ha acabado, asimismo, haciendo referencia también a ese doloroso proceso por el cual **hemos convertido a millones de seres humanos en bienes de consumo** que pueden ser usados y tirados, esclavizados, excluidos o sometidos a desigualdad y falta de recursos y derechos, como recalca el Papa en la Encíclica *Fratelli Tutti*: «Partes de la humanidad parecen sacrificables en beneficio de una selección que favorece a un sector humano digno de vivir sin límites».

Con un solo ser humano descartado, ya sería suficiente para que tuviéramos la obligación de hacernos cargo de su situación de exclusión y ser capaces de devolverle las condiciones de una vida digna. Pero la magnitud del drama actual, agravado aún más por la crisis sanitaria mundial, ofrece datos descorazonadores. Recordemos que **la pobreza sigue**



Jennifer Cedeño



Javier Cuadrado

en aumento: 1.300 millones de personas sufren pobreza multidimensional –de los que el 84,5 % vive en el sur de Asia y en el África subsahariana–, a los que pueden sumarse otros 500 millones debido a la pandemia. Cerca de 690 millones de

Detrás de esta tragedia humana, encontramos además una alarmante crisis medioambiental vinculada al cambio climático.

personas padecen hambre crónica: el 8,9 % de la población mundial. Y, como era de esperar, la crisis generada por la Covid-19 está aumentando el número total de personas subalimentadas en el mundo que en 2030 podría superar los 840 millones. Alrededor de 2.000 millones de personas no disponen de acceso regular a **alimentos inocuos, nutritivos y suficientes**; esto representa el 25,9 % de la población mundial, la mayoría en Asia y África.

En el ámbito de la **salud**, en Latinoamérica y el Caribe hay 21,4 médicos y 15,8 enfermeras por cada 10.000 habitantes, según la Organización Panamericana de Salud. En África hay 2,8 médicos y 11 enfermeras para cada 10.000 personas, frente a los 33,8 y 80,6, respectivamente, en Europa, según datos de la Organización Mundial de la Salud. Son 3.000 millones las personas que no tienen en su casa **agua para el lavado de manos**, una medida elemental en la lucha contra el coronavirus. El confinamiento domiciliario se convierte simplemente en un lujo inalcanzable para los 1.000 millones de personas que, según ONU Hábitat, malviven en los **asentamientos informales y barrios marginales** de las grandes ciudades.

Es cierto que el impacto de la pandemia tiene rostro de desigualdad, pobreza, hambre y muerte. Pero es muy probable que demasiados rostros de este drama provengan, también,

no de «la economía» siempre necesaria para el desarrollo de las personas y los pueblos, sino de un concreto **«modelo económico basado en las ganancias**, que no duda en explotar, descartar e incluso matar al hombre» (Fratelli Tutti, 22).

No olvidemos tampoco que, detrás de esta tragedia humana, encontramos además una alarmante **crisis medioambiental** vinculada al **cambio climático**, cuyo origen encontramos en la explotación abusiva de los recursos naturales. Todo ello no sería posible sin un contexto como el nuestro, donde «imperla una indiferencia cómoda, fría y globalizada», en palabras del papa Francisco. Quizás hayamos olvidado que, ante los **actuales retos de la humanidad** –pobreza, hambre, enfermedad, desigualdad, cambio climático, esclavitud, la exclusión o la propia pandemia– «nos necesitamos y nos debemos los unos a los otros, para que la humanidad renazca con todos los rostros, todas las manos y todas las voces, más allá de las fronteras que hemos creado» (Fratelli Tutti, 35).

«SOÑEMOS COMO UNA ÚNICA HUMANIDAD»: LA FUERZA DE LA SOLIDARIDAD Y DEL BIEN COMÚN.

Habiendo provocado, ciertamente, un empeoramiento de la situación, la Covid-19 ha destapado también la **precariedad, vulnerabilidad y miseria** en la que se encontraban ya millones de seres humanos, muchos en los países del Sur, aunque también en países ricos del planeta. Como individuos y como sociedad, nos corresponde a todos hacer lo que sea necesario para salvaguardar la condición y dignidad de la persona humana, ya que «mientras nuestro sistema económico y social produzca una sola víctima y haya una sola persona descartada, no habrá una fiesta de **fraternidad universal**» (Fratelli Tutti, 110).

Para ello, Manos Unidas se ha propuesto en esta Campaña soñar y compartir su sueño por la construcción de un mundo mejor, más justo y más sostenible, especialmente en



las comunidades del Sur. Se trata de volver a encender con sinceridad en nuestros corazones las llamas de la **solidaridad** y el **bien común**, dos principios fundamentales de nuestra **ética humana y cristiana** que pueden iluminar nuestras acciones ante los retos a los que se enfrenta la humanidad. Es un sueño que puede hacerse realidad. Prueba de ello es que, para luchar contra el coronavirus, llevamos meses haciendo posible lo que antes parecía simplemente impensable. Como individuos y como sociedad, demostramos que **somos capaces de movilizarnos de forma colectiva y a gran escala**, revelando

Mientras la solidaridad es una invitación a «arrimar el hombro», el bien común orienta este esfuerzo colectivo hacia la construcción de comunidades justas, igualitarias, sólidas y sostenibles.

así la increíble fuerza de la solidaridad y de la acción colectiva tanto dentro como fuera de nuestras fronteras.

Así, el valor de la **solidaridad universal** deberá marcar el futuro, no solo para superar la actual pandemia, sino para construir **sociedades dignas** para todos, hombres y mujeres. Se trata de una cuestión clave en la misión y visión de Manos Unidas. En efecto, en un momento de crisis sanitaria en el que la financiación empieza a escasear y los niveles de hambre, pobreza y miseria siguen disparados en las poblaciones del Sur, surge la más que legítima inquietud de esforzarnos en la búsqueda de fondos para aliviar las necesidades elementales y básicas de millones de seres humanos. Es simplemente un deber de solidaridad económica para salvar vidas, que no puede someterse a ningún tipo de debate.

Ahora bien, esta imperiosa y a la vez irrenunciable solidaridad económica no debería condicionar nuestra misión

de convocar a una solidaridad humana más plena, fundada en una justa **corresponsabilidad entre personas y pueblos**, que nos ayude a ver al «otro» como semejante y hacerle partícipe con nosotros del banquete de la vida. En efecto, la solidaridad necesaria para la construcción de comunidades dignas en los pueblos de Sur requiere, además de recursos económicos, un profundo sentido del «nosotros» que genere actitudes, estilos de vida y modos de consumo compatibles con la protección de la dignidad del otro.

«Solidaridad es una palabra que no cae bien siempre –reconoce el papa Francisco en *Fratelli Tutti*–, yo diría que algunas veces la hemos transformado en una mala palabra, no se puede decir; pero es una palabra que expresa mucho más que algunos actos de generosidad esporádicos. Es pensar y actuar en términos de comunidad, de prioridad de la vida de todos sobre la apropiación de los bienes por parte de algunos. También es luchar contra las causas estructurales de la pobreza, la desigualdad, la falta de trabajo, de tierra y de vivienda, la negación de los derechos sociales y laborales».

La solidaridad –desde este sentido más hondo– nos abre de lleno al significado del bien común, piedra angular para edificar comunidades asentadas sobre el principio fundamental de la dignidad humana. Así, mientras la solidaridad es una invitación a «arrimar el hombro», el bien común orienta este esfuerzo colectivo hacia la construcción de comunidades justas, igualitarias, sólidas y sostenibles, evitando así formas de ayuda insuficientes conocidas en la historia como paternalismo, asistencialismo o beneficencia.

Bien común no es dar a los que no tienen. No es una selección de los privilegiados. No es un cálculo por registro de méritos. Ni siquiera es el interés general. Es sencillamente participar en el establecimiento de **condiciones de vida digna** que determinan un futuro digno y esperanzador para todas las personas. Es, en otras palabras, construir **comunidades en las que «nadie se quede atrás»**, o «preocuparse para garantizar de modo eficiente y estable que todos sean acompañados en



el recorrido de sus vidas, no solo para asegurar sus necesidades básicas, sino para que puedan dar lo mejor de sí, aunque su rendimiento no sea el mejor, aunque vayan lentos, aunque su eficiencia sea poco destacada» (*Fratelli Tutti*, 110).

Así, el bien común poco tiene de abstracto. Remite a realidades que nos son bien conocidas en Manos Unidas y que tendremos que contemplar de manera global ya que unas condicionan a otras. Hablamos de programas públicos para luchar contra la pobreza multidimensional y garantizar a toda persona sus derechos más elementales: alimento, agua, salud, vivienda, educación, etc.

Pero no se trata solo de derechos básicos. El bien común recae también sobre la configuración de un **desarrollo** que debe ser –como se ha dicho muchas veces– digno, inclusivo,

El bien común poco tiene de abstracto. Remite a realidades que nos son bien conocidas en Manos Unidas y que tendremos que contemplar de manera global ya que unas condicionan a otras.

sostenible y en base a una tributación justa y suficiente. En palabras del papa Francisco: «El desarrollo no debe orientarse a la acumulación creciente de unos pocos, sino que tiene que asegurar “los **derechos humanos, personales y sociales, económicos y políticos**, incluidos los derechos de las Naciones y de los pueblos”. El derecho de algunos a la libertad de empresa o de mercado no puede estar por encima de los derechos de los pueblos, ni de la dignidad de los pobres, ni tampoco del respeto al medio ambiente, puesto que “quien se apropia algo es solo para administrarlo en bien de todos”» (*Fratelli Tutti*, 122).



La esperanza es audaz

Invito a la esperanza, que «nos habla de una realidad que está enraizada en lo profundo del ser humano, independientemente de las circunstancias concretas y los condicionamientos históricos en que vive. Nos habla de una sed, de una aspiración, de un anhelo de plenitud, de vida lograda, de un querer tocar lo grande, lo que llena el corazón y eleva el espíritu hacia cosas grandes, como la verdad, la bondad y la belleza, la justicia y el amor.

[...] La esperanza es audaz, sabe mirar más allá de la comodidad personal, de las pequeñas seguridades y compensaciones que estrechan el horizonte, para abrirse a grandes ideales que hacen la vida más bella y digna». Caminemos en esperanza.

Papa Francisco, *Fratelli Tutti*, 55.



Jennifer Cedeño

Manos Unidas/Íctar de la Peña

Por último, no hay bien común sin la **participación activa y sin exclusiones** de una ciudadanía cohesionada y capacitada para exigir una política y una economía coherentes con su dignidad. Sin esta participación, el bien común se tambalea. Y, de igual modo, si el nuevo mundo no es más participativo, no será nuevo ni mejor.

Este es el significado del bien común capaz de construir dignidad. Apostar por él nos crea una zozobra recogida en la *Parábola de los obreros de la viña* que resulta injusta, incomprensible, desorientadora, provocadora y poco razonable desde la mera lógica calculadora humana. Pero así debe ser la lógica de Dios que –pagando igual por trabajos diferentes– nos propone pasar de la lógica del puro mérito a la lógica del corazón, capaz de integrar a todos y de contemplar a todo ser humano por igual.

UNA ESPERANZA QUE NO DEFRAUDA: ACCIONES QUE CONSTRUYEN COMUNIDADES DIGNAS

Cuando la pandemia golpea con fuerza, cuando las cifras de personas hambrientas se disparan, cuando la pobreza se lleva por delante la vida de millones de seres humanos, cuando empieza a cundir el más profundo desánimo, tenemos que ser capaces de volver la mirada hacia nuestros orígenes para abrazar de nuevo nuestra identidad que nos habla de dignidad.

Asimismo, nos parece muy edificante que compartamos –aunque solo sea a título de testimonio– algunas acciones llevadas a cabo con nuestro apoyo; signos evidentes de la esperanza que mantenemos en la construcción de comunidades dignas. Incluso en estos tiempos de tribulaciones, tengamos presente que nuestros orígenes sitúan nuestro esfuerzo solidario de **lucha contra el hambre, la pobreza y la miseria dentro del marco del bien común**. Es así porque nuestra misión es hacer que el otro, pisoteado en su dignidad, hombre

o mujer, «sea capaz de ser por sí mismo agente responsable de su mejora material, de su progreso moral y de su desarrollo espiritual» (*Populorum Progressio*, 34). El nuestro es un camino más dificultoso, más tortuoso, que, sin embargo, tiene el valor de ir a las causas de los problemas que convierten a un ser humano en descartado para así rehabilitarlo.

La construcción de comunidades dignas en el Sur tiene como primer reto vencer las conciencias anestesiadas ante el dolor humano, despertando así la necesaria solidaridad para

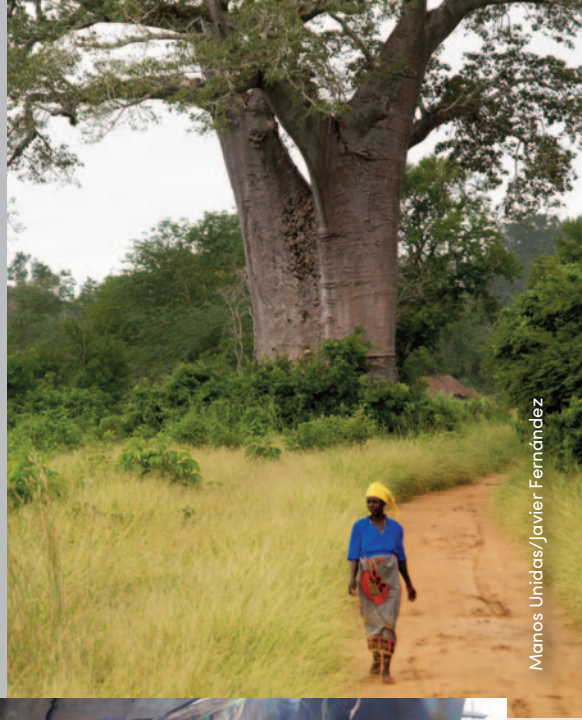
No hay bien común sin la participación activa y sin exclusiones de una ciudadanía cohesionada y capacitada para exigir una política y una economía coherentes con su dignidad.

poner en pie las condiciones de un **desarrollo humano integral para todos**. Requiere el paso de la indiferencia que alimenta la «cultura del descarte» a la fraternidad universal que genera la «cultura de la solidaridad», la «civilización de amor», comprometida con la edificación de sociedades humanas donde nadie se quede atrás. En esta tarea, Manos Unidas goza de una amplia experiencia de más de 60 años que podemos y debemos poner en valor.

En efecto, tanto en esta campaña institucional como en las anteriores –junto con las ineludibles necesidades de financiación–, venimos presentando a la sociedad española la realidad de un mundo desigual, fomentando una actitud crítica ante esa realidad e invitando a un genuino **compromiso solidario en la lucha contra la pobreza**, la miseria, la desigualdad. Es un compromiso que pasa evidentemente por una profunda revisión de nuestras actitudes diarias con los demás, especialmente con los más desfavorecidos. Porque es probable que nos parezca evidente la necesidad de respetar



Javier Cuadrado



Manos Unidas/Javier Fernández

los derechos y de trabajar por el bien común, pero que, al mismo tiempo, vivamos la cotidianidad desde un pragmatismo que relegue al olvido las «condiciones» que definen el bien común.

Evidentemente, este empeño por un futuro de dignidad para todos, hombres y mujeres, no es algo exclusivo de Manos Unidas. Por eso, además de nuestros socios locales, **trabajamos en red** con otras organizaciones y alianzas que comparten nuestros objetivos: CIDSE, Acción Católica General, la UMOFC y Enlázate por la Justicia, entre otras. Así, con una única voz, intentamos que «solidaridad» y «bien común» no solo ganen mayor presencia en diferentes espacios de la sociedad civil, sino que lleguen también a los ámbitos de toma de decisión política.

Siendo fundamental, sería, sin embargo, reduccionista pensar que la construcción de comunidades dignas en el Sur concluye con la sensibilización, denuncia, movilización y procesos de incidencia política. Son mecanismos de trascendental importancia que, sin embargo, deben culminar **en proyectos concretos que aporten y garanticen condiciones reales de vida digna dentro de las comunidades locales**. En otras palabras, se trata de acciones del bien común que nos muestran dignidad y que son consecuencia de un amor al otro que –siendo hermano o hermana como es– nos mueve a buscar con él lo mejor para su vida. Así, y siguiendo al papa Francisco, «el amor implica entonces algo más que una serie de acciones benéficas. Las acciones brotan de una unión que se inclina más y más hacia el otro considerándolo valioso, digno, grato y bello, más allá de las apariencias físicas o morales» (*Fratelli Tutti*, 94).

En este sentido, y sin ignorar que los datos siguen siendo desoladores, llevamos décadas junto a nuestros socios locales en América Latina, África y Asia haciendo ver que la esperanza es posible. Son muchas las comunidades que, gracias al esfuerzo colectivo, han conseguido, aunque sea en parte, **mejorar las condiciones estructurales que dignifican su vida:**



Manos Unidas/Marta Carreño

Una mirada que no reduce al otro a la pasividad

Solo con una mirada cuyo horizonte esté transformado por la caridad, que le lleva a percibir la dignidad del otro, los pobres son descubiertos y valorados en su inmensa dignidad, respetados en su estilo propio y en su cultura y, por lo tanto, verdaderamente integrados en la sociedad. Esta mirada es el núcleo del verdadero espíritu de la política. Desde allí los caminos que se abren son diferentes a los de un pragmatismo sin alma.

Por ejemplo, «no se puede abordar el escándalo de la pobreza promoviendo estrategias de contención que únicamente tranquilicen y conviertan a los pobres en seres domesticados e inofensivos. Qué triste ver cuando detrás de supuestas obras altruistas se reduce al otro a la pasividad».

Papa Francisco, *Fratelli Tutti*, 187.



Manos Unidas



Manos Unidas / Cejar de la Peña

acceso a alimentos, a la sanidad, a la educación o al agua; mejora de las condiciones medioambientales; refuerzo de las capacidades locales en torno a la protección de los derechos humanos, especialmente los derechos de la mujer, etc.

Ese es el camino de nuestra esperanza que descansa no solo en los resultados sino, sobre todo, en la fortaleza de saber que lo que hacemos acabará dignificando las condiciones de vida del ser humano descartado. Ese **es el camino de nuestra propia dignidad** ya que «hemos sido hechos para la plenitud que solo se alcanza en el amor. No es una opción

Aceptamos sin más el desafío de soñar con otra humanidad que piense menos en acumular ganancias y más en ganar tierra, techo y trabajo para todos.

posible vivir indiferentes ante el dolor, no podemos dejar que nadie quede a un costado de la vida. Esto nos debe indignar, hasta hacernos bajar de nuestra serenidad para alterarnos por el sufrimiento humano. Eso es dignidad» (*Fratelli Tutti*, 68).

CONCLUSIÓN

Estamos todavía inmersos en una dura pandemia que cada día empeora las ya frágiles condiciones de vida de muchas comunidades del Sur. Nunca más que ahora, la inmensa vulnerabilidad que ha acentuado esta crisis sanitaria hace que sus rostros, sus vidas, busquen nuestras manos, **nuestro compromiso solidario para seguir construyendo juntos comunidades humanas dignas**. Nuestra institución tiene capa-

cidad y experiencia para ello, desde la solidaridad y el bien común que definen nuestra honda naturaleza humana y que coinciden con los valores del Reino de Dios. Pero, parafraseando de alguna manera a Eleanor Roosevelt: «No basta con hablar de los principios de la solidaridad y bien común. Hay que creer en ellos. Y no es suficiente creer en ellos. Hay que trabajar para conseguirlos».

Como en Manos Unidas creemos que todos los derechos brotan del solo hecho de poseer la inalienable dignidad humana, aceptamos sin más el desafío de soñar con otra humanidad que piense menos en acumular ganancias y más en **ganar tierra, techo y trabajo para todos**. Pues «la fragilidad de los sistemas mundiales frente a las pandemias ha evidenciado que no todo se resuelve con la libertad de mercado y que, además de rehabilitar una sana política que no esté sometida al dictado de las finanzas, “tenemos que volver a llevar la dignidad humana al centro y que sobre ese pilar se construyan las estructuras sociales alternativas que necesitamos”» (*Fratelli Tutti*, 168) ●

Departamento de Estudios y Documentación